

# EL NUEVO FEUDALISMO INTERNACIONAL

«D ARME sólo dos minutos para hablar bien de la Comunidad Económica Europea. Sería imposible, no podría». El profesor Galtung pronunció esta frase después de haber hablado más de quince horas sobre la CEE, la cooperación europea e internacional y el sistema de grandes potencias en el mundo. Johan Galtung había recorrido 1.400 kilómetros en su furgoneta naranja y blanca —conservando una cierta discreción—, que hubiera hecho las delicias de un grupo de teatro marginal: Oslo-Bruselas, para hablar del «Big Power System» a lo largo de una conferencia que constituyó un verdadero «maratón» por la amplia duración, la vasta dimensión del tema y los coloquios y discusiones, que en la mayoría de los casos se prolongaban a las comidas. Galtung hizo la crítica de la Comunidad Europea precisamente en un centro donde se estudia la integración económica y política, se oyen frases tan bonitas como «la Europa que tenemos que construir» y donde, en definitiva, se respetan las Comunidades —mecanismo y símbolo de estos proyectos—, a pesar de conocer las teorías de Michel Rocard (1). Galtung dio la conferencia en el Colegio de Europa, centro para posgraduados de diferentes nacionalidades, orientado al estudio de los problemas que plantea la unificación europea.

El profesor noruego nació en 1930, estudió Matemáticas y Sociología, realizando su formación y labor docente por todo el mundo. Ha sido consejero de la UNESCO, de la OCDE y del Consejo de Europa en materia de Educación y Cooperación Europea. En la actualidad es director del Instituto de Investigación sobre la Paz Internacional en Oslo y profesor en dicha Universidad. Entre sus obras se encuentran: «La ética política de Gandhi», «Teoría y métodos de la investigación social», «Miembros de dos mundos», «El poder supercapitalista en Europa o la fuerza de los "concern"...».

—Profesor Galtung, en todo movimiento político es necesario un núcleo ideológico-pensante que cuide de la ortodoxia y la fidelidad a los principios de la doctrina; ¿cómo supera el maoísmo esta necesidad

sin caer en el riesgo de constituir «élites»?

—Un aspecto que me llama especialmente la atención en China es la confianza que tiene en la gente como colectividad. Confianza en las masas, en los obreros, en los campesinos... y yo he visto cómo la practican. No hay un grupo pequeño aislado de los demás que elabora un programa para la Comuna Popular, es la Asamblea General quien lo dicta. No quieren la reunión demasiado bien preparada ni un secretario general que llega con los documentos listos. Lo único que hay que hacer es votar sobre las ideas que discuten. Tienen confianza en ellos porque consideran que las ideas son mucho más autónomas y más importantes cuando surgen con cierta espontaneidad. ¿En qué grado esto se debe a la cultura viejísima de China, a una tradición, a conocimientos que vienen desde hace miles de años? No lo sé. Pero lo cierto es que este sistema funciona a un nivel que, por ejemplo, en mi país, con un sistema de educación mucho más elaborado e involucrado que en China, no funcionaría, porque, en general, no tenemos confianza en «gente». En Occidente, únicamente confiamos en profesionales, especialistas, personas que tienen una educación superior, etcétera, y los demás están allí para aplaudir, para decir que bueno, que magnífico, para votar «sí», pero nada más.

—En la actualidad se desarrolla una fuerte campaña contra Confucio y Lin-Piao, antiguo ministro de Defensa. ¿Cuál es el alcance y el objetivo de esta «guerra popular»? ¿Puede ser una segunda revolución cultural?

—La designación de «guerra popular» creo que es simplemente un tipo de expresión marcial. Lo más importante son los defectos que achacan a Confucio. En primer lugar, para ellos es el exponente de una ética y una moralidad vertical. Respecto no sólo a los padres, sino a todo lo superior: oficiales, gente de poder... Es la expresión de verticalidad plasmada en la línea jerárquica. Por lo tanto, se presenta como reaccionario en una sociedad con pretensiones y realidad horizontales. En segundo lugar, Confucio no entendía que la sociedad feudal de su época era relativa a la sociedad de esclavos. El «pobre» no había leído a Marx y a Engels, y éste fue su pecado. Por eso, ahora lo castigan. Ya que objetivamente su tipo de defensa del sistema de esclavos, cuando estaban haciendo la sociedad feudal, fue un acto antihistórico según la teoría

de la línea unilateral: sociedad de esclavos, sociedad feudal, sociedad capitalista, sociedad socialista, sociedad comunista. Es decir, Confucio se presenta como antidialéctico y antihistórico. Ahora, cuando los chinos de hoy dicen que Lin-Piao es un exponente de Confucio, yo francamente no lo entiendo. A sus espaldas, tal vez porque él está muerto, se pueden cargar todos los defectos y las faltas del sistema. Se corre el riesgo de utilizarlo como «tapadera», como justificante de todos los males sociales. Para mí, lo más importante no es la lucha contra Lin, sino el que pueda significar la segunda revolución cultural. Una interpretación es que entre mil novecientos sesenta y seis y sesenta y nueve, las gentes del poder en Pekín han dicho implícitamente que se desarrolle la revolución cultural, pero sólo hasta un cierto punto, y este límite está en los niveles superiores de la burocracia, que, naturalmente, tiene el peso de una tradición de miles de años. De ahí que la sometan al antirrevisionismo.

—A lo largo de sus esquemas, usted ha explicado las diferentes formaciones y conflictos entre las potencias imperialistas, ¿cuál sería la posibilidad de diálogo entre Oriente y Occidente, capitalismo, socialismo, aplicándolo al caso del reciente viaje de Brezhnev a Cuba y a Estados Unidos? Mientras, por ejemplo, China prefiere mantener su aislamiento.

—Brezhnev, en mi opinión, no tiene nada que ver con Oriente, aunque en el provincialismo europeo y en el conflicto, la contradicción se llama Este-Oeste. No, Brezhnev es fundamentalmente occidental, otro tipo de occidentalismo, de acuerdo, pero cuando viaja a Cuba y luego a Estados Unidos está en Occidente: dentro del individualismo, de una cierta verticalidad, del capitalismo, bien sea privado o del Estado. Al fin y al cabo, no son tan distintos. El diálogo entre ellos es posible. En Cuba hay un profesionalismo, una fe en la educación, un sistema de detectar talentos muy parecido al nuestro. Naturalmente, los países socialistas tienen una ventaja: la gente extremadamente pobre no existe, porque las necesidades primarias están cubiertas. Pero el verdadero Oriente es algo muy distinto. China, Japón y tal vez la India son los únicos países que han tenido fuerza suficiente para movilizar la resistencia contra la penetración de la cultura occidental. No quieren aceptar un diálogo donde la idea principal de Occidente es,

más o menos, que ustedes tienen que aceptar nuestras teorías, que son superiores. El momento adecuado será cuando los occidentales estén dispuestos a decir «tenemos algo que aprender de Oriente». Por ahora, la arrogancia occidental constituye un obstáculo fundamental.

—¿La existencia del «Big Power System» es una realidad irreversible, o puede haber una estrategia de lucha contra las grandes potencias?

—Naturalmente, yo estoy contra el «bigpowerismo». Es un tipo de feudalismo a nivel internacional. Las grandes potencias se presentan como los señores feudales. Tienen sus feudos —esferas de influencia—, sus derechos —derecho de intervención, derecho de reconocimiento...—, sistema de contrato mutuo —protección de los débiles, respeto recíproco de satélites y armas nucleares, etcétera—. En el sistema internacional, ni siquiera hemos llegado al mil setecientos ochenta y nueve, a la Revolución francesa. Yo espero, yo creo que nuestro sistema feudal está en la última fase, aunque todavía queda. Y ese «pentagonismo» Nixon-Kissinger de intromisión en todos los asuntos no es más que un querer reconstituir el sistema de dueños, pero, en mi opinión, todavía peor que en la sociedad feudal, ya que ahora los «señores» constituyen alianzas y cooperación, formando así una «tapa», una red del sistema internacional, dejando menos oportunidades a los países pequeños. ¿Algunas soluciones? Las contradicciones internas de las superpotencias van a contribuir a un cierto tipo de desintegración. Por ejemplo: Estados Unidos es mucho más débil que antes, Inglaterra casi no existe en relación al siglo diecinueve, la Comunidad Europea todavía no tiene el nivel de integración suficiente, la Unión Soviética tiene grandes contradicciones. En los años próximos van a utilizar muchas de sus energías en las luchas internas contra las minorías, la «intelligentsia», los campesinos... Por eso, yo creo que no son tan fuertes como parecen. En cuanto a los países débiles, la estrategia será la de colaborar más entre sí, aprender a respetar menos a las potencias y no verlas como sus protectoras... En este sentido tenemos el caso reciente de la crisis del petróleo, que constituye un verdadero desafío, un reto a las superpotencias. El mantener el feudalismo internacional supone una falta de dignidad, de «self-reliance»

(1) M. Rocard (Partido Socialista Unificado). «La Marche Commun contre l'Europe»... una de las más grandes mistificaciones de la Historia es, sin duda, la identificación de Europa con la construcción salida del Tratado de Roma, oficialmente llamada «Comunidad Económica Europea», popularmente llamada Mercado Común, y que no es más que una unión aduanera.



por parte de los pequeños países, es un tipo de engaño.

—¿Podríamos decir que nos encontramos en una nueva Edad Media, según las teorías de un Umberto Eco, por ejemplo?

—Sí, es posible. Aunque, como científico social, yo pienso más en términos de estructuras. Personalmente temo que los dueños de ahora a nivel nacional se llamen profesores, expertos, tecnócratas... Los señores de Inglaterra se llamaban hace unos años «sir», hoy se llaman «doctor»...

—Señor Galtung, ¿ha jugado España a lo largo de la Historia el «rol» de superpotencia, según vuestro esquema?

—Sí, claro que sí. Actualmente estoy haciendo un trabajo sobre la civilización occidental, y en él sostengo la tesis de que España no marcha hacia atrás en la Historia, sino avanza. ¿Por qué? Porque es el primer país de Europa que ha sufrido una gran crisis y la caída como superpoder. Desde finales del siglo quince, España juega el papel de potencia colonialista e imperialista en una fase precapitalista. Era un tipo de capitalismo de explotación primitiva —oro y materias primas—, pero no a modo de cabeza de puente, como sucede ahora por los consorcios internacionales. España, por lo tanto, era el primer país para sufrir la caída. Entre mil ochocientos diez y mil ochocientos veinticinco, en América Latina, y a finales del siglo, la pérdida de Cuba y Filipinas. Después han sido los Estados Unidos los que han entrado como potencia imperialista en estos países, utilizando los «zapatos vacíos» que había dejado España. Y lo mismo han hecho en el Sudeste asiático y en el Caribe, utilizando Cuba y Filipinas como sus cabezas de puente. Aunque no comparto el sistema vertical jerárquico de la España actual, siento una gran admiración por el «self-reliance», por el «hecho en España», por la propia dignidad que se experimenta en vuestro país. Y esto

es cierto, a pesar de la gran penetración americana, a pesar de que ustedes «han vendido» mucho de lo propio, etcétera. España ahora no explota ningún país, quiere decir que durante un período de unos cincuenta años ha tenido que aprender a vivir sin colonias, sin explotación externa, tratando de desarrollar una autonomía. No tengo ninguna duda de que ustedes van a deshacerse de la influencia americana, y eso no tiene nada que ver con Falange o no Falange. No es que yo proponga a España como modelo para Europa Occidental, pero lo que sí es cierto es que tiene más experiencia en la caída y, por lo tanto, en la regeneración. Es muy probable que los demás países tengan que atravesar esta fase.

—¿Hasta qué punto el individualismo, tradicionalmente atribuido a Occidente, no sería una tesis reaccionaria para justificar que un modelo socialista —por ejemplo, tipo China— sería inaplicable a nuestra civilización?

—Es difícil responder a esta cuestión. Sí; puede interpretarse el individualismo como una excusa, como una pantalla, diciendo que la China tiene una civilización tan distinta a la nuestra, que eso no es para nosotros. No quiero esta interpretación, pero tampoco estoy de acuerdo con la teoría que no concede importancia a la cultura: la civilización es una superestructura, lo que importa es la base, hay que cambiar el modelo de producción, y lo demás es un problema de voluntad. Esta interpretación se presenta demasiado fácil. Entonces, el problema se plantea en la cuestión: ¿es posible combinar una sociedad sin explotación, mucho más horizontal, con un individualismo en el sentido de una cierta diversidad? Sin la uniformidad excesiva que en mi opinión tiene el sistema chino...

—Establecer una comparación entre potencias como Estados Unidos y la Unión Soviética con la Europa Comunitaria resulta algo inexacto,

pues el grado de cohesión e integración que presentan unos y otros es bastante distinto. ¿Cuál es la fuerza de Europa —y me estoy refiriendo solamente a la Europa de los «Nueve»— cara a las otras superpotencias?

—Es cierto que actualmente la Comunidad Económica Europea está dividida y atraviesa diversas crisis. Pero yo no diría que no tiene ninguna fuerza desde el punto de vista de la defensa. El «Eurogrupo», dentro de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, es un núcleo de integración, y la conclusión del grupo de los «Nueve» en cuanto a la estrategia nuclear se presenta para mí muy peligrosa. En cuanto al número de hombres en los Ejércitos, la Europa Comunitaria tiene más que los Estados Unidos y la Unión Soviética, pero no posee, naturalmente, el grado de integración de estas potencias. Sin embargo, en cuanto a lo que podríamos llamar poder estructural, es superior a los demás. Estoy refiriéndome a la red que tiene en los países subdesarrollados —antiguas colonias, naciones asociadas, territorios de ultramar...—, que es mucho más extensa que la de Estados Unidos o la Unión Soviética. Sus defectos son el individualismo, la arrogancia, casi anticuada, y el supercapitalismo. Yo creo —espero— que el grado de integración fuerte lo alcance bastante tarde. Afortunadamente, la generación joven de África, Asia y América Latina ya ha recibido la vacuna contra la penetración occidental, y no va a aceptar tan fácilmente el «mensaje» de la Europa Comunitaria.

—Galtung, ¿tenía razón Noruega al decir «no» a la Comunidad?

—Claro. Como uno de los que votaron no, creo que ha sido excelente para mi país. Sólo una prueba sencilla: la política del petróleo. Nosotros somos dueños de nuestros recursos petrolíferos del mar del Norte, y esto, como se ha visto, es muy importante. Así tenemos la posibilidad de desarrollar otro tipo de sociedad. Bruselas es muy vertical, muy tecnócrata, sumamente capitalista. No es el modelo que estimula la creatividad y el trabajo político. En Noruega, los jóvenes se interesan mucho por la descentralización, la autonomía local, por acortar la distancia entre súbdito y líder... Y Bruselas está muy lejos. En kilómetros y en actitudes.

Johan Galtung empieza por sí mismo. Ha suprimido totalmente la línea jerárquica entre profesor y alumno, conferenciante y auditorio (a las 8,30 de la mañana, cuando empezaba la charla, nos sorprendió con un pequeño concierto de flauta. El madrugón quedaba con una sonrisa para todo el día). Galtung nos invitó a reflexionar sobre los defectos de la decadente civilización occidental. Y se marchó de nuevo en su furgoneta naranja y blanca. ■  
MARIA ASUNCION VALDES NICOLAU.

## EDITORIAL SEIX BARRAL

### LAS ULTIMAS NOVEDADES

#### «Campos de Nijar»

(2.ª edición).  
de Juan Goytisolo.  
145 páginas. 80 pesetas.

#### «Ortega y Gasset. Etapas de una filosofía»

(2.ª edición, corregida y aumentada).  
de José Ferrater Mora.  
168 páginas. 150 pesetas.

#### «Ensayos críticos»

(2.ª edición).  
de Roland Barthes.  
330 páginas. 200 pesetas.

#### «Un cuarto de siglo de poesía española»

(6.ª edición).  
de José María Castellet.  
555 páginas. 270 pesetas.

#### «Antología de la poesía brasileña».

Selección, introducción y traducción de Angel Crespo.  
440 páginas. 200 pesetas.

#### «La novela social española»

(2.ª edición, corregida y aumentada).  
de Pablo Gil Casado.  
598 páginas. 450 pesetas.

#### «Problemas de la música moderna»

(2.ª edición).  
de Boris Schloezer y Marina Scriabine.  
209 páginas. 80 pesetas.

#### «Por una novela nueva»

(2.ª edición).  
de Alain Robbe-Grillet.  
188 páginas. 140 pesetas.

#### «La inspiración y el estilo».

de Juan Benet.  
180 páginas. 140 pesetas.

#### «El fin de la edad de plata».

de José Angel Valente.  
192 páginas. 130 pesetas.

Solicite catálogos  
e información en:



## Seix Barral

Hermanos Alvarez Quintero, 2.  
Madrid-4.  
Provenza, 219.  
Barcelona-8.